

Un poeta escandinavo entre nosotros (Tomas Tranströmer por partida doble)

Abraham Prudencio Sánchez

RESUMEN

La característica de la poesía de Tranströmer radica en la fuerza y plasticidad de los enigmas. El lenguaje con que aborda sus grandes temas es diferente en tanto que se apoya en la sencillez: su poesía grafica y captura lo inasible. Hay una intención de tratar de entender el mundo mediante temas como el dolor, el amor, el tiempo, la muerte y la ausencia. Hay un mensaje humanitario a través de la maestría de su la palabra.

También destaca por su gran interés por los haikus: con esta forma poética la comunión ha llegado a su experiencia más alta. El lenguaje y sensibilidad van a la búsqueda de la comprensión de la existencia. Plantea problemáticas que permite preguntarnos hasta qué punto nos llegamos a conocer a nosotros mismos y también por consiguiente a las personas que nos rodean. Es el pasado que se interpone en el presente como un recurso válido para la reflexión y análisis. Hay una suerte de presencia conflictiva, el darse cuenta de un “yo” y un “aquí” implica ser consciente de una realidad y esa realidad implica guerras, muerte, destrucción.

Palabras clave: poesía, temática, lenguaje, reflexión, muerte

ABSTRACT

The characteristic of Tranströmer's poetry lies in the strength and plasticity of the enigmas. The language with which he addresses his great themes is different in that it relies

on simplicity: his graphic poetry captures the ungraspable. There is an intention to try to understand the world through themes such as pain, love, time, death and absence. There is a humanitarian message through the mastery of his words.

He also stands out for his great interest in haikus: with this poetic form, communion has reached its highest experience. Language and sensitivity go in search of the understanding of existence. It raises problems that allow us to ask ourselves to what extent we get to know ourselves and, consequently, the people around us. It is the past that intervenes in the present as a valid resource for reflection and analysis. There is a kind of conflictive presence, realizing an “I” and a “here” implies being aware of a reality and that reality implies wars, death, destruction.

Keywords: poesía, temática, lenguaje, reflexión, muerte

“Un poema no es otra cosa que un sueño en vigilia...
El despertar es casi siempre una desilusión”

Tomas Tranströmer nació el 15 de abril de 1931 en Estocolmo, y como impulsado por una rara inquietud empezó a escribir poesía desde muy temprana edad, a los 13 ya estaba pergeñando lo que después sería su primer poemario (*17 poemas*). Desde esa época hasta la fecha no ha dejado la Literatura por más que haya recibido golpes tan fuertes como el de 1990, fecha en que sufrió un ataque cerebral que afectó su capacidad de hablar, pero no el de comunicarse.

Su creatividad se ha visto consolidada tanto por su experiencia como por la reflexión. Su labor alterna de traductor como sicólogo también es digno de elogio, como sicólogo en centros penitenciarios y hospitalarios le ha permitido conocer conciencias desconocidas, ello le ha ayudado a tener una idea más clara de la humanidad.

La característica de su poesía radica en la fuerza y plasticidad de los enigmas, el lenguaje con que aborda sus grandes temas también es diferente en tanto que se apoya en la sencillez, su poesía grafica y captura lo inasible. Hay una intención de tratar de entender

el mundo, temas como el dolor, el amor, el tiempo, la muerte y la ausencia son una constante en su poética.

Su poesía sencilla y clara está compuesta tanto por un mensaje humanitario como por la maestría con la palabra.

Otra de las cualidades extraordinarias en Tranströmer y que grafica la otra etapa de su Literatura es el gran interés por los haikus, con esta forma poética la comunión ha llegado a su experiencia más alta. El lenguaje y sensibilidad van a la búsqueda de la comprensión de la existencia.

Gracias a sus importantes colaboraciones Tranströmer se ha convertido en uno de los poetas más importantes de la segunda mitad de siglo XX. Dentro de sus preferencias siente un profundo amor por la música motivo por el cual recurre a este tema en su obra poética. Por sus trabajos iniciales trataron de vincularlo con el surrealismo; sin embargo, con el pasar del tiempo, ha logrado erigir una obra emblemática apartada de toda corriente.

El cielo a medio hacer es una colección de 13 libros que recorre desde mediados de los 50 al 2003. En esta colección encontramos lo mejor de la poesía del gran poeta escandinavo. Aquí hallamos libros como *17 poemas* (1954), *Secretos en el Camino* (1958), *El cielo a medio hacer* (1962), *Tañidos y Huellas* (1966), *Visión Nocturna* (1970), *Senderos* (1973), *Bálticos* (1974), *La barrera de la verdad* (1978), *La Plaza salvaje* (1983), *Para vivos y muertos* (1989), *Góndola fúnebre* (1996), *Haikus y otros poemas* (2003), *Visión de la memoria* (1996). Gracias a la publicación de este texto en nuestro idioma podremos conocer un poco más a este gran poeta que cada día se impone dentro de la Literatura mundial.

En todo el conjunto de su poética encontramos un profundo deseo de conocer y entender el mundo.

Elementos tales como la invención de un lenguaje elegante, buen manejo de la metáfora, exactitud sensorial, sensibilidad, constante referencia hacia la naturaleza hacen de la poesía Tranströmeriana una isla obligada a encallar por todos nosotros.

A través de su laborioso trabajo y su compromiso por la vida y el arte encontramos en Tranströmer la labor de un poeta vital y venal. Su poesía es un camino hacia la búsqueda de la esencia, explora el mundo a través de un lenguaje sencillo y sobre circunstancias cotidianas. Se dice que inicialmente había sido juzgado como un poeta superficial y nada interesado por la realidad; sin embargo, con el paso del tiempo, vemos que su poesía trasciende lo común e inmediato, su poesía es un tratar de entender la identidad y esencialidad del ser humano. Visto desde ahora vemos que su trabajo se basa en la experiencia y en la realidad circundante.

BÁLTICOS: EL POEMA PARA CONOCERSE:

Bálticos es un poema escrito en 1974 donde la esencialidad está en su máxima expresión. En este texto Tranströmer nos remite a un pasado remoto, habla de su abuelo, nos relata la amistad entrañable entre los tripulantes y compañeros de ruta.

Se pregunta ¿hasta qué punto una persona puede llegar a conocer a la otra? La maestría en la navegación permite conocer perfectamente esos profundos e inciertos lugares. Se es consciente de un tiempo y un espacio.

La anciana cree escuchar los murmullos de los muertos, se da la idea de identidad y parentesco entre los vivos y los muertos. El otro gran tema es la idea de frontera que tiende a limitar y fragmentar todo.

Reflexiona sobre la modernidad y la cotidianidad mecanizada, la gente sale a tropel de los edificios, el caos es imperante.

El viento es quien hace llegar esas verdades y entre murmullo y murmullo se deja entrever el clima de conflicto en la que se está viviendo, la supuesta modernidad a la que hemos llegado, el control imperante y el fuerte deseo de opresión.

Es el barco de la vida donde se intenta reflexionar y razonar sobre la propia existencia, las puertas se cierran y las puertas se abren.

Se distingue dos tipos de espacio: el interior que representa la paz y el espacio exterior que representa la guerra y la destrucción. La naturaleza es otro de los elementos constantes, las personas pasan, pero las olas, años después, retornan nuevamente de su largo viaje.

Otro de los grandes temas es la incomunicación, las palabras no llegan a comunicar completamente el deseo personal. Las cosas importantes ya no lo son en otro momento.

Prosigue con la historia de un joven, el yo poético revela que el joven desconocido era el encargado de dirigir el conservatorio, luego, por una causa que se desconoce, es encarcelado, una vez pasada la condena le sobreviene un derrame cerebral, parálisis con afasia, pero en él continúa la música.

Es una persona que nos suscita a una profunda reflexión. La presencia de la muerte es una constante. Esta parte del texto escrito en 1973 es premonitoria, puesto que años después, Tranströmer sufriría una hemiplejía.

“La música llega a un ser humano, él es compositor, él la interpreta,
hace carrera, llega a ser Jefe del Conservatorio.
La coyuntura cambia, las autoridades lo condenan.
Como Jefe de la Fiscalía nombran a su alumno K****.
Es amenazado, degradado, desterrado.
Pasan algunos años y la desgracia se atenúa, es rehabilitado.
Entonces llega el derrame cerebral: parálisis en el lado derecho
con afasia, solo comprende frases cortas, dice palabras
inadecuadas.
Así, no lo alcanzan ni el ascenso ni la condena.
Pero la música permanece, sigue componiendo en su propio
estilo,
se convierte en un fenómeno de la medicina por todos los años
que le quedan por vivir
Escribió música para textos que ya no comprendía:
del mismo modo
expresamos con nuestras vidas algo
en el coro que tararea lapsus.”

El poeta prosigue con la historia de su abuela, relata que los padres de la abuela mueren jóvenes; cuando siente próxima la presencia de la muerte encarga a María, la deja en una familia adinerada, pero María sufre, en ese lugar podían tener dinero, pero no amor. María es explotada. El yo poético da a conocer su verdadera identidad, de niño se aferraba a María, su madre. Tenía 5 años cuando su madre murió. Es por medio de una foto donde reconoce la figura de su supuesto padre:

“La recuerdo. Pero en la siguiente foto sepia
está el desconocido:
por la ropa, es de mediados del siglo pasado.
Un hombre de unos treinta años: las cejas poderosas,
el rostro que me mira a los ojos
y susurra: “aquí estoy”.
Pero quién es ese “yo”;
Ya no hay nadie que recuerde. Nadie”.

Se siente momentos de profunda reflexión, si algo nos deja este poema en el deseo profundo de conocernos a nosotros mismos.

La idea de recuerdos y consciencia es permanente, si nadie te recuerda es como si no hubieras existido. Tranströmer de esa manera llega a la comprensión de la conciencia del ser humano y su problemática. A través del recuerdo el poeta escandinavo reconstruye una realidad cotidiana, el recuerdo de los abuelos, de la madre y las vicisitudes que se encuentra en el camino. El mar Báltico es escenario por la que transcurre el recuerdo desde un pasado lleno de experiencias hasta un presente vital, es el registro necesario que remarca el paso del hombre por este difícil y fugaz mundo.

El punto definido como escenario es el mar Báltico, pero es un escenario que engloba todos los escenarios posibles, tanto los definidos como los indefinidos, este espacio es como un escenario a recobrar donde el entendimiento y la reflexión son una constante. Plantea problemáticas que permite preguntarnos hasta qué punto nos llegamos a conocer a nosotros mismos y también por consiguiente a las personas que nos rodean. Es el pasado que se interpone en el presente como un recurso válido para la reflexión y análisis.

Hay una suerte de presencia conflictiva, el darse cuenta de un “yo” y un “aquí” implica ser consciente de una realidad y esa realidad implica guerras, muerte, destrucción. Las voces de los muertos nos recuerdan que no estamos muy lejos de ellos, quien nos puede prometer que no estamos dentro de una frontera en la que no sabemos qué es vida y qué es muerte. Es la reconversión de los muertos que iluminan las cosas como la posibilidad del retorno a través de la memoria. En el instante fugaz de la vida solo un deseo: la felicidad.

Hoy 27 de marzo 2015, me acabo de enterar del lamentable deceso del poeta Tomas Tranströmer y una vez más, cuando pasan estas cosas, un dolor profundo invade mi corazón.

Recuerdo que, de manera casual, el 2010 compré en una librería parisina el libro *Baltiques et autres poèmes* y muchos de sus poemas me dieron el entusiasmo que necesitaba con urgencia en ese momento. Semanas después como agradecido, escribí un texto sobre mis impresiones de la vida y obra del poeta sueco. Busqué información referente al tema, pero Tomas Tranströmer era casi un perfecto desconocido.

Ese mismo año una fabulosa noticia me conmocionó hasta la incredulidad, la Academia Sueca daba como ganador del Premio Nobel de Literatura a Mario Vargas Llosa. Valentina, una bella y complejísima compañera italiana, adoraba como nadie a Vargas Llosa e incentivada por ella decidimos viajar a Estocolmo el 10 de diciembre para ver, con nuestros propios ojos, como este ilustre escritor recibía los honores respectivos.

Llegado el día partí, como lo acordado, con una simple maleta de James Bond y en contadas horas estuve en el aeropuerto de Estocolmo esperando a la siempre complejísima Valentina que hasta ese momento no daba señales de vida, cinco horas después de inquietante espera, me escribió un mensaje, la aerolínea italiana elegida había suspendido sus vuelos debido al mal tiempo y que no sabía a ciencia cierta si ella llegaría a viajar o no.

La situación no podía estar peor, ¿qué haría yo con ese inglés tan pobre que a las justas llegaba a pronunciar *Happy birthday to you* y con ese frío que ni en París de mis primeros días había sentido?

Casi a la deriva y con la temperatura que seguía descendiendo, traté de descubrir por mi propia cuenta esa ciudad de cristal, casi no había gente, solo veía el veloz paso de los coches, no podía ser posible, a qué ciudad había llegado y yo no podía estar más perdido y lo peor fue que cuando llegué a las instalaciones de la Academia Sueca, esta estaba tan custodiada que ni el mismísimo Sumo Pontífice sin su dorada invitación jamás hubiera podido entrar.

Ante tal despliegue de seguridad ni me atreví a decirles *que por favor me hicieran un campito, que un compatriota del Nobel había llegado*, todo intento hubiera sido en vano; sin embargo, en honor a la verdad diré que si Valentina hubiera estado allí estoy más que seguro que sí entrábamos y por la alfombra roja, no sé cuál era su encanto, pero a ella nunca se le podía decir “No”, es por ella que yo también estaba allí con un frío tal que ni el más curtido esquimal hubiera soportado.

Tras rondar muchas veces el palacete me convencí que no iría a entrar, además sin Valentina no tenía sentido hacer el más mínimo intento. Me quedé mirando de lejos por si veía por allí a Vargas Llosa, solo alcancé a reconocer a uno de sus familiares y cuando calculé que ya había empezado la ceremonia, desalentado y muy desilusionado, me perdí por una de esas largas avenidas de nombres irrepetibles.

Traté por mi cuenta de descubrir la ciudad. Desde que me di por primera vez con la nieve parisina siempre he sentido, en ese unánime mundo blanquecino, cierto desamparo y en ese momento que estaba más lejos de todo con más razón todavía. Preferí meterme a un bar de puertas y ventanas grandes que me hicieron acordar las casas coloniales de Lima.

A las 8 de la mañana, en el preciso momento de cambio de personal y cuando los “mozos” ya estaban mirándome con cara de pocos amigos, justo en ese momento Valentina llegó como un ventarrón, cuando estuve por decirle cómo había logrado dar conmigo, se adelantó diciendo que el único bar de todo Estocolmo donde uno se podía quedar toda la noche llorando y suspirando por los amores perdidos era ese y yo sin saber había llegado a recalar a ese recinto. Por mi parte solo diré que el instinto a veces es más poderoso que cualquier designio sensato. Quise decirle, empujado por el alcohol, el porqué de tantas imposibilidades, pero preferí lo más cuerdo.

Agradecí su presencia a pesar de que el verdadero motivo de nuestro viaje ya se hubiera concretado. Replicó, amorosa, que lo más importante después de todo era estar juntos viviendo ese instante como un adelanto de luna de miel.

Recorrimos en bicicleta gran parte de la ciudad, las calles, plazuelas y edificaciones eran tan asombrosas que daba ganas de quedarse mirando por siempre. De pronto a Valentina, aprovechando su estadía, se le dio por querer visitar a un amigo que tanto le había ayudado cuando estuvo en Caracas hacía unos años atrás. Fui casi contra mi voluntad. Cuando llegamos, Guillermo, un venezolano de unos 70 años, que estaba justo por salir a ejercer una de sus pasiones más grandes que es componer y descomponer pianos antiguos, quedó gratamente sorprendido y para no sentirse mal nos propuso dos opciones: o nos quedábamos en casa o lo acompañábamos al lugar donde lo solicitaban. Preferimos lo segundo, es más nos dijo *“El señor que van a conocer es buena gente y digno de admiración”*. En el camino le contamos lo sucedido, le resultó muy gracioso nuestra ingenuidad, nos dijo que la ceremonia de recepción del Nobel era una reunión tan privada que por nada del mundo hubiéramos entrado.

Cuando llegamos la señora Mónica nos recibió muy amable, parecía tenerle mucho afecto a nuestro amigo venezolano y casi de inmediato añadió que Tomas ya no tardaría en salir.

Por intermedio de Guillermo que hablaba muy bien el sueco, le pedimos disculpas por nuestra intromisión. Minutos después, cuando Guillermo miraba a ojo de lupa las cuerdas de ese sencillo, pero imponente piano, hizo su entrada silenciosa un hombre con un cayado de pastor en la mano izquierda y la derecha a la altura del pecho visiblemente inmóvil, Guillermo dejó de hacer sus cosas y procedió a saludarlo con sincero afecto. Tras ello volviéndose, me dijo:

—Querido Abraham te presento al poeta Tomas, Tomas Tranströmer.

Yo que ya había estado pensando que ese rostro me parecía haber visto en algún lugar, quedé azorado. No podía creer que estaba en casa del poeta que muchas veces en la universidad Sorbona había hablado y discutido con mis compañeros de clase sobre el valor y la condición eterna de la poesía. Sencillamente no podía creerlo.

Por intermedio de Guillermo una vez más le dije que su poesía me había ayudado mucho en momentos de insalvable *vaciedad* y que incluso, tanto fue el fervor, que realicé un artículo para mis clases de Literatura Comparada. A su vez Tomas Tranströmer no podía creer que su fama hubiera llegado, por decirlo así, hasta Perú. Pero mi sorpresa fue más grande todavía cuando habló elogiosamente de César Vallejo y de José María Eguren, los había leído atentamente tanto así que a éste último incluso había pensado en traducirlo.

Pocas veces me sentí feliz y esa fue una de ellas. Nunca llegué a ver a Vargas Llosa en Estocolmo, pero sí a Tomas Tranströmer y sin proponérmelo. No sabía si abrazarlo o besarlo. Mónica, su compañera, viendo mi suprema emoción, me obsequió una de las ediciones de sus poemas en sueco, obviamente con dedicatoria incluida. Me retiré de su hogar casi levitando y soñando de lo extraordinario que podía ser el azar.

En el aeropuerto le agradecí mucho a Valentina por todas las cosas inolvidables que nos sucedían, me propuso irme con ella a Italia, pero por miles de asuntos le dije que me era imposible. En replica sincera le dije que regresáramos a París, que viviríamos juntos, pero ella adujo también miles de imposibilidades. Nos abrazamos fuerte como no queriendo comprender el porqué de la ironía de amarnos tanto y tener que separarnos. La maldición de la distancia una vez más se oponía.

Ella regresó rumbo a Bolonia y yo nuevamente a París. Me fue difícil superar esa rarísima sensación de alegría y melancolía a la vez.

En mayo del 2011 realicé una visita relámpago al Perú por el tema de mi doctorado y en esos ajeteos un jueves 6 de octubre a las 7 a.m. hora peruana recibí una llamada, era Valentina quien exaltada y llorando de emoción me dijo:

—No sabes quién acaba de ganar el Nobel.

Sabía que siempre se daba dicho premio por esos días, pero no tenía la menor idea de quién lo había ganado

—Tomas Tranströmer —me dijo como si quisiera despertar del sueño— y pensar que lo conocimos en persona.

Recordé su sencillez y nobleza. Me sentí muy contento que el pacífico Tomas Tranströmer se hubiera hecho con el Nobel.

Hoy, estando en Perú, recibo esta triste noticia y su imagen se aleja tal como un día de otoño se alejó la siempre inasible Valentina cuyos actos de amor desencadenaban un cielo a medio hacer de sorpresas.

